
Vladimir Lossky, *Teología dogmática*, Madrid: Cristiandad (Colección: «Pensamiento y teología»), 2022, 182 pp., 14 x 22, ISBN 978-84-7057-674-4.

Vladimir Nikolaievich Lossky, teólogo ortodoxo ruso exiliado en París, destacó la importancia de la *theosis* como un principio fundamental de la teología Oriental, así como la relación continua entre Dios y la persona humana. Continuó sus estudios en la Sorbona de París, donde conoció a Etienne Gilson, graduándose en 1927 con un estudio sobre la doctrina mística del maes-

tro Eckhart. El encuentro entre Oriente y Occidente constituye el núcleo de su propia vocación como ruso exiliado en Francia. Como parte de su vocación ecuménica, entró en contacto con el mundo anglicano, impartiendo una histórica conferencia en Oxford en 1947 sobre la cuestión del *Filioque*. Su obra más conocida es sin embargo el *Ensayo sobre la teología mística de la Iglesia de Oriente* (1944), donde expone su principal preocupación teológica. Allí sostuvo que los teólogos de la tradición ortodoxa mantuvieron la dimensión mística de la teología de forma más integrada que las tradiciones católica y reformada tras el Cisma de Oriente y la Reforma protestante, respectivamente, al malinterpretar términos griegos como *ousia*, *hypostasis*, *theosis* y *theoria*. Para ilustrar su argumentación, cita por ejemplo la *Filocalía* y la *Escalera de la ascensión divina* de Juan Clímaco, así como las obras de Pseudo-Dionisio el Areopagita, Gregorio de Nisa, Basilio de Cesarea, Gregorio Nacianceno y Gregorio Palamas, del que se considera discípulo.

Los ejes centrales de su pensamiento expuestos en la síntesis dogmática que ahora se nos ofrece los constituyen pues: a) las “energías divinas” (o procesiones trinitarias, en ámbito latino), realmente distintas sin estar separadas en la esencia divina, expuestas en el capítulo segundo de nuestra *Dogmática*; b) la *doble economía del Hijo y del Espíritu*, donde desarrolla una rica pneumatología (capítulos 5 y 6); c) el concepto de *persona* entendida como renuncia a la propia voluntad (cuarto capítulo); y d) la *apofaticidad* que le lleva a calificar de “mística” la teología, tal como nos propone el capítulo primero.

Así, las procesiones o “energías” trinitarias en la revelación producen las energías que el ser humano experimenta como gracia y por las que se santifica o “deifica”. En su *Teología mística* sostuvo que los teólogos de la Iglesia Oriental entendían que la *theosis* estaba por encima del conocimiento (*gnosis*), lo cual se aclaró aún más en *Visión de Dios (theoria)*, donde Lossky subraya las diferencias entre pensadores cristianos como el Pseudo-Dionisio y pensadores como Plotino y los neoplatónicos, afirmando que el cristianismo y el neoplatonismo, aunque comparten la misma cultura y los mismos conceptos, tienen concepciones muy diferentes de Dios y de la ontología. No se trata de una helenización del cristianismo, tal como propone Harnack, sino de una cristianización del helenismo, en palabras de Florovsky. En el Pseudo-Dionisio existe siempre una transcendencia, mientras que Plotino se queda en un panteísmo propio de las emanaciones neoplatónicas.

Lossky, al igual que su íntimo amigo Georges Florovsky, se oponía igualmente a las teorías sofiológicas de Sergei Bulgakov y Vladimir Soloviev, pues

siempre se negó a ser un descendiente directo de la filosofía religiosa rusa, de corte eslavófilo y en torno a su concepto de *sobornost* (comunidad), posteriormente utilizado y desarrollado por Vladimir Soloviev. El genio de la teología mística Oriental residía, según él, en su carácter apofático, el cual lo definía como la comprensión de que Dios es radicalmente incognoscible en términos humanos y, por tanto, meramente filosóficos. En consecuencia, la revelación divina presente en la Escritura no debe perder de vista las inefables esencia divina y naturaleza trinitaria, tan solo accesibles por medio de las energías. “Cuando hablamos de la Trinidad en sí misma –dice Lossky en *A imagen y semejanza de Dios*– estamos confesando, en nuestro pobre y siempre limitado lenguaje humano, el modo de existencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, un solo Dios que no puede ser sino Trinidad, porque es el Dios vivo de la Revelación, que, aunque incognoscible, se ha dado a conocer, por la encarnación del Hijo, a todos los que han recibido el Espíritu Santo, que procede del Padre y es enviado al mundo en nombre del Hijo encarnado”. La entraña trinitaria de Dios nos revela su más íntima esencia, mientras el Hijo encarnado, icono del Padre, nos muestra la Trinidad como algo cognoscible e inefable al mismo tiempo, como un Dios que se vela y se desvela a la vez. He aquí los paradigmas principales para entender a la persona humana como *imago Dei*.

La teología trinitaria mirará más a la diferenciación de las personas que a la unidad de la esencia. La Trinidad es el único ser increado en esencia u *ousia*: un solo Dios que –como Padre y origen infinito– es una existencia, al igual que como Hijo encarnado o Espíritu que procede del Padre. Este es el *hiper-ser* increado (más allá del ser) en esencia o *ousía* y, como tal, es el origen verdaderamente infinito, primordial u original. Supone la realidad en la que se originan todas las cosas y seres, como primera hipóstasis que es el Padre y que llamamos Dios. Jesucristo es el Hijo de Dios, Hijo del Padre, segunda hipóstasis, mientras el Espíritu es el Espíritu de Dios, Espíritu del Padre, tercera Hipóstasis. El Padre figura como fuente y origen de toda la Trinidad, tal como afirmaba Tomás de Aquino, mientras Jesucristo es icono del Padre, el Logos, la máxima perfección en el mundo material, sin formar parte de él. Cristo, manifestado como generado o engendrado (no creado), es esencia increada desde Dios Padre como otra realidad, y es por tanto hipóstasis de Dios. El Espíritu Santo, siendo vida, alma y luz increada (*photomos*), procede del Padre como otra hipóstasis de Dios. El Espíritu y el Cristo son las dos manos del Padre, que llegan desde lo infinito a lo finito, tal como decía Ireneo refiriéndose al momento de la creación: con esas dos manos el Padre creó el mundo.

¿Cuáles son los conceptos fundamentales empleados en esta *Dogmática*? Ofrecemos ahora un pequeño glosario y un breve mapa conceptual para orientarnos en estas páginas. Lossky expresó también en *La teología mística de la Iglesia Oriental* que los términos técnicos de la doctrina de la Trinidad tienen sus raíces en la exégesis hebrea y en la filosofía griega platónica y neoplatónica. El Dios trino es de una sola esencia, que tiene como imagen la humanidad. Dios y la experiencia interior nuestra entran en la persona desde el mundo exterior, y en el alma por influencia del Espíritu. La libertad del hombre constituye un medio para elegir el bien o el mal, optar por Dios o rechazarlo (es decir, “blasfemar contra el Espíritu Santo”: Mt 12,22-24; Mc 3,20-30; Lc 11,14-23). *Hipóstasis* significa pues existencia de Dios, mientras *ousía* su esencia, completamente incomprendible para la percepción humana, pues se encuentra más allá de lo creado. La esencia de Dios está en el Padre (origen primero) y luego se da al Hijo (engendrado por el Padre, no creado) y al Espíritu (que procede también del Padre). La *ousía* resulta así definida como “todo lo que subsiste por sí mismo y que no tiene su ser en otro”: es subsistente.

Para Lossky, la teología Occidental no se ha abierto al apofatismo porque no ha conocido la noción espiritual de *hypostasis*. Para él, esta es indefinible pues –más allá de la comprensión de la persona como relación– constituye diferencia absoluta. En efecto, las tres hipóstasis comparten una esencia u *ousía* en común, que se denomina Dios. La *ousía* de Dios es del todo incognoscible para el hombre, ya que es increada. Las energías de Dios Padre tienen el mismo *hiper-ser* en que son increadas e indestructibles. El Padre –como el *monarchos*– no es autogenerado en su ser ni procede de ningún otro, y de ahí la inagotabilidad de Dios. Estamos ante una mística de lo inefable. La Trinidad tiene existencias (*hipóstasis*) que son remotamente comprensibles, pues un ser que no es creado y que está más allá de todas las cosas no puede agotar del todo el *hiper-ser* de Dios (*ousía*). Lossky señala que se puede hablar de las existencias de Dios, pero no de su ser, que queda como algo incomprendible. Los teólogos en cambio están hablando muchas veces de Dios a través de especulaciones, en lugar de partir de la experiencia mística.

Todas las cosas que no son Dios son en su esencia seres creados. La humanidad posee la libertad en su naturaleza finita, en un mundo indeterminado. Las cosas son dependientes en su subsistencia de algo distinto a ellas mismas. La heteronomía radical es un constituyente indispensable en la antropología de Oriente, pues los hombres no son concebibles sin Dios. Existen seres como los ángeles, creados *ex nihilo*, en el origen de su ser, con lo que la

angeleología ocupa un lugar importante, aunque no extenso en esta *Dogmática*. Evidentemente no todas las cosas que son Dios, sino que son creadas en su esencia o ser. Dios como *hiper-ser* (o increado en su esencia) es el infinito que se genera a sí mismo como Hijo que luego se encarna, y también como Espíritu, procedentes ambos del Padre. Así, para Lossky, la mística cristiana y la teología dogmática son una misma cosa, y así llegaríamos a otro aspecto desarrollado a lo largo de esta obra: mística y teología resultan inseparables. De hecho, la mística es el “dogma” ortodoxo por excelencia, y la vida cristiana alimentada en la oración y el culto constituye el fundamento de la teología dogmática. La Iglesia ayuda a los cristianos en su lucha por la santificación y la deificación. Ambas –teología y oración– se necesitan y retroalimentan recíprocamente, pues sin ellas las generaciones futuras perderían la ortodoxia (la recta fe) y la ortopraxis (la recta praxis), propias del camino ortodoxo oriental. Una lección útil también en ámbito Occidental.

Pablo BLANCO
Universidad de Navarra
DOI 10.15581/006.56.2.523